

# MESOCRACIA Y POLITICA

## I

### INTRODUCCIÓN

Mesocracia y política. Clases medias y sociedad. Pasado, presente y futuro del binomio mesocracia-vida nacional, con especial referencia a España. Estos serán los temas que constituirán el nervio de este trabajo. Hoy ya nadie ignora que las clases medias juegan primordial función en la vida nacional, en todos los aspectos de la misma: político, económico, ético y social. Función social esta de la mesocracia, de gran trascendencia, sin duda alguna, puesto que implica una auténtica idea de servicio a la comunidad, porque además de creando bienes, también comunicando, inventando y sirviendo reales valores espirituales cumplen, ampliamente, las clases medias, importantes funciones sociales (1).

Asimismo estimamos que se debe contemplar el preponderante, en todos los órdenes, papel o misión de las clases medias en la vida nacional, en larga prospección, bajo cuatro características fundamentales: urbana, igualitaria, técnica y materialista (2).

Creemos que los siglos precedentes al XIX tienen un relativo interés para nuestro objetivo actual, por lo que sólo aludiremos, brevemente, a los mismos; haciendo especial hincapié en las centurias XIX y XX, en las que la mesocracia y la ciencia, incluida la ciencia política, adquieren concepción de mayor y especial entidad (3), y, como indica un autor actual (Luis Legaz Lacambra), en el ciclo evolutivo de las instituciones sociales se considera

---

(1) JULIÁN MARÍAS: *La estructura social*, pág. 243.

(2) MARCEL LALOIRE: «Essai de définition des classes moyennes», en *Revista Internacional de Sociología (RIS)*, núm. X-XII, 1959.

(3) «El siglo XIX fue, en efecto, el siglo del auge burgués y el siglo del auge de la ciencia. Ambos duran todavía, pese a no ser nuestro siglo mucho más capaz de escudriñar con ojos escépticos tanto el concepto y realidad de burguesía como el concepto y realidad de la ciencia» (SALVADOR DE MADARIAGA: «Carlos Marx. El profeta y el hombre», en *ABC, S.*, 2 de abril de 1972, pág. 11).

que actualmente la política social es una realidad política y que la realidad política es una realidad humana; llegándose a la conclusión de que será preciso dar una visión general del complejo institucional creado por el conjunto de las acciones humanas para proteger a la sociedad, a la persona más o menos desvalida, siempre miembro de esa sociedad política, agregándose, por dicho autor, en esta línea de certera acepción, que los polos entre los que se mueve la libertad fundamental del hombre son, de una parte, la estructura ontológica de las formaciones sociales y, de otro lado, las posibilidades determinadas por su propia situación: la política constructiva será atenerse a la realidad tratando de configurarla, en términos de posibilidad, de acuerdo con superiores exigencias de la ley moral.

Y es que, evidentemente, para que exista libertad, en estricto plano de sentido político, es preciso que haya orden, justicia, sabiduría y virtud. Además, la libertad debe ser concebida, por supuesto, en función de la finalidad humana, para el hombre. La libertad, esa cosa tan problemática, como insistentemente proclamara José Ortega y Gasset, es el medio; el hombre, es el fin.

Las anteriores citas de Legaz y de Ortega sirven, en nuestra modesta opinión, para delimitar la línea argumental de lo sutil, a este respecto, de la concepción política, al propio tiempo que constituyen idóneos hitos de su encuadramiento, para el correcto planteamiento de uno de los factores del binomio correspondiente del título y del contenido del presente estudio, por lo que relevamos al lector de las abundantes citas que sobre el particular podrían traerse a colación.

## II

### CONCEPCIÓN SOCIOPOLÍTICA DE LA MESOCRACIA

Análoga dificultad a la existente para una definición descriptiva de las clases sociales (4), se presenta ahora, al contemplar el fenómeno científico de la sociología de las clases medias.

De cómo nacieron y por qué las clases medias en el mundo, existen ori-

---

(4) «La clase social la componen grupos humanos homogéneos o afines, entre los cuales los intercambios y las situaciones se producen de forma fácil y típica» (GERMÁN PRIETO ESCUDERO: «Estratificación social en la España balmesiana», en *RIS*, número 111-112, mayo-agosto 1970, pág. 25).

ginales testimonios (5). Pero anécdotas aparte, debemos tener muy en cuenta la conocida afirmación de que la sociedad marxista gravitará hacia formas más justas, y la sociedad de origen liberal, hoy interferida por la *Sozialpolitik* al uso, propenderá a una mayor armonía, a un progresivo equilibrio interno.

Otra teoría hispana, de la mayor significación, es la de Jaime Balmes (6): no hay un país en el mundo donde la estructura de las clases esté más nivelada que en España y demás naciones que profesan el catolicismo.

Por supuesto, ese espíritu sutilmente humano, del que se halla absolutamente impregnado el cristianismo, arruina todo sistema de castas, puesto que se trata de una doctrina que comienza declarando que todos los hombres son iguales ante Dios.

(5) El hispano GUILLERMO GRAELL ha creado en torno a este tema una hermosa leyenda, una curiosa teoría: pretende que Europa debe a España no sólo la emancipación de los siervos y, en la economía moderna, el régimen monetario, sino también el surgimiento de la clase media como fórmula ideal de supervivencia política de las sociedades modernas.

Las clases medias, en opinión del referido sociólogo catalán, nacieron en España con anterioridad a su primera aparición visible durante el siglo XVIII, antes también de las guerras napoleónicas y mucho antes, desde luego, de la lucha de clases más enconada. Los mayorazgos conservan las estirpes y la integridad patrimonial, los segundones se sienten desplazados no sólo de la familia, sino de la economía familiar. En estas condiciones, y como hay deshonra con la aceptación de oficios manuales, puesto que tal cosa sucedía antes de que PEDRO RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES promulgara aquello de que había que borrar de los oficios todo deshonra, los segundones hispanos, desde el siglo XVI, toman la espada, y a veces la razón, yéndose a América: los colonizadores españoles del Nuevo Mundo son la primera representación universal de las clases medias.

Por tanto, según la tesis del aludido teórico del regionalismo, las clases medias nacieron como consecuencia de la estructura familiar española del medievo. ANTONIO DE MIGUEL apostilla que las clases medias, por lo que a España se refiere, no alcanzaron puerto durante el siglo XIX debido, tal vez, a que, en lugar de la función augusta de aglutinantes entre las clases extremas, acometieron, impulsadas por un irreprimible mimetismo, una escalada del «quiero y no puedo» hacia las clases superiores y aristocráticas.

(6) «Las mismas causas que contribuyeron al encumbramiento y poderío de las clases medias produjeron la multiplicación, amplia y densa, de la que venía tras ella, y la dificultad se presentó más complicada y los peligros más alarmantes.

»La industria y el comercio robustecieron y ensalzaron a la clase media; pero estas mismas causas acarrearón una asombrosa multiplicación proletaria; insensiblemente se fueron separando las dos clases, y al presente han llegado las cosas a tal extremo, que en los países donde ambas abundan, como sucede en los industriales, consideran los más pobres a los más ricos, sean de la clase que fueren, como una verdadera nobleza» (JAIME-LUCIANO BALMES Y URPIA: *Obras Completas*, ordenadas por CASANOVA, XI, página 76.

Insistamos en lo que en alguna otra ocasión se ha expresado: el *aurea mediocritas*, de Horacio, no sólo se manifiesta en las clases medias, sino que se advierte en todos los sectores. Existe gran dificultad para conseguir, *prima facie*, un neto denominador común que sirva para hallar, entre las clases, diferencias absolutas. Las clases medias, insistimos, más que un estamento social, constituyen un mero estado económico, sin conexión aparente entre sus miembros, sin que éstos formen, en absoluto, cerrados compartimientos; es decir, sin apenas solidaridad entre sus miembros, entre los componentes de las clases medias.

El sentido de la palabra *bourgeois* contiene doble y contradictoria vertiente: rasgos de cultura y mediocridad, que son aportación de la clase media a la nueva concepción del término (7).

Entraña, pues, gran dificultad toda la autenticidad de contenido de las clases medias en una diferencia jurídica, sociológica y económica. Las clases medias existían, claro está, antes del siglo XIX, como existen ahora y en lo sucesivo. El hecho de su permanencia es independiente y no motivado por el deseo que puedan tener las clases de promocionar, de pertenecer a otro estrato clasial superior (8).

Del mismo modo creemos no resulta fácil hallar un factor determinante de la polarización de concretas aspiraciones alrededor de las mismas: intereses comunes, profesión, rentas, relaciones y estandarización general de modos de vida.

De esta idea, en la que por cierto han hecho especial hincapié Bleton,

---

(7) «No se es burgués por ser rico o por tener tal o cual profesión: se es burgués, se tiene mentalidad burguesa, en la medida en que se antepone el bien común de su país a todas las demás cosas» (ANGEL ANCEL: *La mentalidad burguesa*, pág. 61).

(8) Observa FRANCISCO A. DE CONDOMINES Y VALLS cómo los detractores de las clases medias, que forman en las filas de los tratadistas de Derecho político o de filosofía de la historia, asignan, de un modo exclusivo, toda función rectora a determinadas selecciones, las que lo son *ab origine*, estimando inmutable su estado. Autor que, asimismo, insiste en la señalización de las principales funciones de las clases medias, a tenor de la siguiente sistemática:

- Tradicionalistas: aquellas que afectan, fundamentalmente, a los valores religiosos, morales, etc.
- Estabilizadoras: funciones que se contraen a patriotismo, decoro social, sentido del ahorro, etc.
- Vertebradoras: las que comprenden la digna consideración hacia todas las actividades individuales.
- Sociales: incluyen, esencialmente, los aspectos políticos y los económicos.
- Espirituales: funciones mesocráticas que dan la primacía a las verdades eternas.

Noulin y Aerts, partiremos, más adelante, y, sobre todo, tendremos en cuenta los conceptos básicos al respecto de Laloire (9).

Las clases medias tienen, qué duda cabe, denominadores comunes, patrimonios de virtudes y valores inalterables: autonomía, enorme capacidad de trabajo, espíritu de iniciativa, vocación de ahorro y bienestar, vida social y, lo que es muy importante, extraordinaria capacitación para lo social, gozando de consideración entre las demás clases sociales.

Gran patrimonio éste formado por los mesócratas con grandes dificultades; como indica Manuel Fraga Iribarne, «á payer de sa personne». Todo el mundo sabe que no será fácil hallar una fórmula de diferenciación neta entre las clases medias y las otras clases. Pero, también ayudan a delimitar las ideas concepcionales de la mesocracia, sus actitudes negativas, sus defectos.

Entre los defectos de la mesocracia quizá destaquen su individualismo y la falta de «conciencia de clase». Pero subrayemos las virtudes de las clases medias, debiéndose citar, en primer lugar, la gran cualidad de los mesócratas al pretender y, generalmente, de hecho, conseguir, una especial capacitación, el arte especial de que se adornan, para realizar, en condiciones óptimas, el ejercicio de la difícil misión de hombres de Empresa (10).

Otra de las grandes virtudes del mesócrata es el amor al trabajo, el que en verdad resulta consustancial a aquél, adornándose con una dominante y peculiar característica de los pertenecientes a las clases medias en los siglos XIX y XX.

Todo el mundo ha sido conforme, y los pensadores y sociólogos del decimonónico ya estaban en ello plenamente de acuerdo, en que el ocio no es, en absoluto, compañero asiduo de los miembros de las clases medias.

Por el contrario, los mesócratas de los siglos XIX y XX, constantes e infatigables trabajadores, han sido y son modelo de hombres activos, pues la mesocracia es la clase social que da todo en cualquier momento y en guerra sin cuartel contra la quinta y última de las plagas que, posteriormente, a un siglo de distancia, enumerara en idóneo orden jerárquico el sociólogo inglés William Beveridge.

En la línea de este tremendo espíritu emprendedor, lleno de audacia, sagacidad, voluntad y constancia de la mesocracia, es digno de mencionar: sus grandes cualidades para el ahorro, el sentido de responsabilidad y el respeto

(9) «La classe moyenne, que l'on confondait habituellement avec la bourgeoisie, apparaissait, au contraire, comme l'ensemble des privilégiés par la fortune, la situation, la fonction ou la culture» (MARCEL LALOIRE: «Essai de définition des classes moyennes», en *RIS*, núm. X-XII, 1959, pág. 547).

(10) «Las clases medias facilitan la diseminación del trabajo y la equitativa distribución de las riquezas» (FRANCISCO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ-PUERTA).

a la palabra dada. Dicho en una sola expresión: la formalidad y la seriedad informan todos los actos de su vida social.

Realmente loable es el espíritu de conservación de las clases medias. En este sentido tradicional y conservador, los mesócratas, de los siglos XIX y XX, aventajan, en cosas de importancia intrínseca, a las demás clases sociales. A veces, las otras clases, inclínanse por mantener formas y tradiciones externas, sin demasiado contenido auténtico. Espíritu conservador del mesócrata que de ninguna manera se encuentra en contradicción con el sentido moderno evolutivo. Bien conocido es cómo luchan las clases medias por no ser desbordadas en la búsqueda de los objetivos trascendentales y fundamentales de su misión en el seno de la sociedad.

De modo que tenemos que convenir que el ahorro, la economía y la prudencia son virtudes muy arraigadas en el mesócrata, precisamente como consecuencia de la citada posición de conservadurismo, ya que esto impone un sentido de reflexión y de la medida que las otras clases no es seguro que posean, creemos, en análoga intensidad y con tan insólito concepto social (11).

Un actual sociólogo belga (León-Eli Troclet: *La sécurité sociale en Belgique*, I, pág. 21) recuerda hasta qué extremo el mundo de hoy es el del trabajo, el de la técnica, el del progreso y el de la seguridad social, y que, la aludida integración clasista tiene amplia y densa aceleración ahora bajo el denominador común de la seguridad social integral.

Preciso será asimismo subrayar el respeto que los componentes de las clases medias profesan por el auténtico concepto de la libertad en todas sus formas: pero, sobre todo, el que tienen, profundísimo, por la libertad individual, por la mejor de las libertades políticas: acendrado amor a la libertad que no pacta, lo que le llevaría a capitidismuirse, con la política, como hace el comunismo al captar a la clase baja; o, como la clase alta, con sus coqueteos tendentes a dominar la política en provecho propio (12).

Los mesócratas gustan de que los vínculos familiares se estrechen y mantengan en cálida y correcta relación entre los miembros de la propia familia; aunque, también profesan, en justo y raro equilibrio, un gran respeto por el normal desenvolvimiento de la autonomía del clan familiar.

(11) «El dinero, la inversión real, el ahorro, es patrimonio de todos, requiere la confianza de todos, la fe de todos; es el dinero de los obreros, de los fondos del Instituto Nacional de Previsión, Montepíos, etc., y una auténtica conciencia social debe buscar una buena distribución de la propiedad, pero también de la función de ahorrar, de fomentar el ahorro privado» (JESÚS RODRÍGUEZ SALMONES: *Ahorro e inversión en las clases medias*, en «XI Semana Social de España», pág. 340).

(12) En feliz frase de RAFAEL GONZÁLEZ MORALBO, con motivo de la celebración de la «XI Semana Social de España», pág. 380.

También es digna de encomio la profunda fe de los mesócratas en las extraordinarias ventajas de la libertad económica, en el libre juego de la ley de la oferta y de la demanda, y, de contra, su repulsa por cuantas formas monopolizadoras o mediatizadoras existan contra la libre concurrencia.

Asimismo habrá que destacar la plausible forma de pensar y de actuar que se indica, consustancial a los miembros de las clases medias: un sincero amor por las propias organizaciones políticas; considerando, sobre todo, como tales, a las que concedan absoluta prioridad a la iniciativa privada que forma su propia ecología. Así, pues, claro está que la clase media, la de ahora como la del siglo XIX, no comulga con las, entonces, incipientes iniciativas de colectivizaciones. Los mesócratas decimonónicos, y también los actuales, hombres realistas y emprendedores, confían más en sí mismos que en el Estado Providencia.

En definitiva, toda la problemática de política de independencia del mesócrata, a lo largo de las centurias XIX y XX, pudiera condensarse en el típico, y hoy tan generalizado «slogan»: «socialización, sí; estatización, no».

### III

#### PASADO, PRESENTE Y FUTURO DE LA FUNCIÓN SOCIOPOLÍTICA DE LA MESOCRACIA

Las clases medias juegan, de antiguo, primordial función en las sociedades en que se hallan insertas. Sabemos que para cada función social surgirá una institución ejerciente. No es menos cierto que cuando una institución ha adecuado su función a la auténtica estructura para la que nació, es que se encuentra sólidamente edificada y, como toda función social, esta de las clases implica la idea de servicio a la comunidad. Evidentemente, las clases medias tienen una clara y determinada función social en la comunidad (13).

Un tratadista belga ya citado (Marcel Laloire: «Essai de définition des classes moyennes», en *RIS*, núm. X-XI, 1959), advierte, con razón, del preponderante, en tantos órdenes, papel de la mesocracia en la vida social; debiéndosele contemplar, especialmente, bajo cuatro aspectos o características fundamentales, cuales son las correspondientes a las civilizaciones urbana, igualitaria, técnica y materialista.

No hay que olvidar hasta qué extremo la civilización urbana, industrial, de la «civitas», que actúa ya en función multitudinaria y denominada, por antonomasia, metropolitana, impregna a la urbe de un nuevo y característico

(13) BALMES, o. c., XI, pág. 176.

sello, que, gracias a los modernos sistemas de acercamiento, comunicación social y difusión popular (vehículos, prensa, televisión, etc.), trasciende y opera en los más apartados rincones patrios, calando profundamente en toda persona de cualquier lugar.

Habría que subrayar el señuelo, con demasiada frecuencia falso, de las grandes urbes, foco de atracción y causa principal del absentismo rural, proporcionando clara fisonomía urbana y mesocrática a la civilización actual.

Al auge mesocrático que tuvo lugar en el siglo XIX y que, posteriormente, se ha consolidado, hay que abonarle la iniciación de las relevantes doctrinas siguientes: principio de igualdad de oportunidades; sentar las bases del imperio benéfico de la seguridad social; acceso a la propiedad de grandes masas.

Se ha realizado un gran esfuerzo para facilitar la búsqueda de posibilidades mayores para más amplias mayorías, que las clases sociales se vayan haciendo más abiertas y que, recíprocamente, se aproximen, para que, definitivamente, periclite todo concepto de casta, por nimio que fuera y en cualquier parte que se diera, con la equiparación por arriba, a través, sobre todo, de la promoción de los económicamente débiles.

El desarrollo técnico no es posible más que por medio de la investigación científica, de constantes estudios, de esfuerzos superativos en el terreno de la especulación. Gracias a la realización de amplios y comunes esfuerzos al correr del tiempo la técnica va consiguiendo notorios avances, en las diferentes especialidades, que conducen al investigador, al técnico, al experto, en muchos casos militantes de la mesocracia, a ocupar preeminentes puestos en la gestión de entidades públicas y en las de las Empresas privadas, cuyo ascendiente tiene su fiel reflejo en la sociedad. puesto que, en definitiva, y por principio, sus conocimientos, como es obvio, no reparan en clases y barreras, y pertenecen, *per se*, a la homogeneidad del hombre.

El ponderado autor D. Dularbe ha hecho gran hincapié, como es sabido, en la tesis que aboga por la realidad de que la ciencia y la técnica no conocen patria ni frontera. Hoy esta aseveración se puede constatar fácilmente, con la simple observación, por ejemplo, de cómo el analista o el programador, o también, por su parte, el investigador y el técnico superior, aciertan a ver poco más que una pequeña diferencia en lo que respecta a sus miramientos y aspiraciones sociales. En cambio, sí resalta, con plena contundencia, la distinción entre sus diferentes técnicas.

Igualmente se considera materialista, en su estricto sentido, a la civilización actual, puesto que vivimos en la era del máximo «confort» en detrimento de otra cualquiera cosa; atravesamos una época en que resulta obsesiva la idea por la elevación continuada del nivel de vida; lapso de las vacaciones pagadas, de los electrodomésticos, de los espectáculos y de los televisores con imágenes en



colores; óptimo tiempo para las investigaciones, las que, quizá erróneamente, se dirigen, casi exclusivamente, hacia la mejora progresiva de la vida muelle. Civilización 100 por 100 materialista, sin posibilidad de evolucionar hacia una concepción espiritualista, como la que dominaba en el pretérito al hombre hispano. Es la apoteosis reverencial del dinero.

\* \* \*

Para el debido encuadramiento del tema de este capítulo, bueno será que dejemos constancia, en parte, mediante estimaciones, de dos evoluciones hispanas: demográfica y clasial, durante el dilatado lapso que comprende medio milenio, según reflejan las dos tablas que a continuación insertamos.

TABLA III.1

Evolución de la población española durante los siglos XVI-XX

AÑOS	Millones de habitantes	Observaciones
1500 ... ..	10,5	
1594 ... ..	8,0	
1600 ... ..	8,5	
1610 ... ..	8,0	
1700 ... ..	7,7	
1800 ... ..	10,3	
1850 ... ..	15,5	
1900 ... ..	18,7	
1910 ... ..	20,0	
1920 ... ..	21,3	
1930 ... ..	23,6	
1940 ... ..	25,9	
1950 ... ..	28,0	
1960 ... ..	30,4	
1970 ... ..	34,0	
1980 ... ..	38,0	Estimación
1990 ... ..	41,0	Estimación
2000 ... ..	44,0	Estimación

De los datos contenidos en la tabla III.1, basados, fundamentalmente, en la medida cronológicamente posible, en censos oficiales, procede que hagamos las siguientes deducciones:

— Se produce una gran regresión de la población española durante el siglo XVI, de más de dos millones de habitantes; descenso que explícate, principalmente, por los estragos ocasionados por frecuentes y asoladoras epidemias.

— En el siglo XVII el retroceso en la demografía hispana fue sensiblemente menor, puesto que estimamos alcanzó la cifra de 800.000 habitantes en menos, aproximadamente. Las mejores condiciones de higiene y salubridad es lógico suponer que tuvieran su impacto, que frenaran la mortalidad.

— La centuria decimoctava, lejos de la secular regresión, experimenta el acentuado incremento de unos 2,6 millones de personas.

— De 1800 a 1850, aproximadamente 5,4 millones más. Y de 1850 (ó 1857, para ser exactos, año del primer censo oficial) a 1900, aumento de población 3,2 millones más. Lo que totaliza un incremento total de 8,4 millones en la centuria decimonónica. Pero debemos advertir que a la elaboración del censo de 1800 se ha llegado a través del promedio arrojado, teniendo en cuenta las cifras de los censos denominados «Godoy», «Floridablanca» y otros varios de aquella época.

— De las previsiones para la población española al concluir el siglo, para el año 2000, se estima el incremento de unos 25,3 millones; en términos relativos el aumento de población en el siglo XX se supone del 135 por 100.

Previamente a la inserción de la tabla III.2, que refleja la evolución porcentual de las estructuras clasiales de la población hispana durante medio milenio, entendemos que se deben formular las siguientes consideraciones:

Las clases medias, en sus diferentes subdivisiones sociológicas, comprenden a la totalidad de la mesocracia, y ésta era, qué duda cabe, por un lado, la pequeña burguesía, y en el extremo opuesto, la burguesía rica.

En el siglo XIX las clases medias debían constituirse en la exteriorización económica de un equilibrio que procuraría, a modo de fermento, que la riqueza alcanzara a toda la Humanidad, mediante la justa distribución de aquélla,

según constante del pensamiento coetáneo. La promoción de fuertes contingentes de trabajadores a las filas mesocráticas es, sin duda, el más ancho y sólido ensanche de la base numérica de la mesocracia hispana (14) y una forma de redención del proletariado.

Así, pues, además de la progresión cualitativa y de la potencia económica anteriormente aludida, la mesocracia española consigue el inaudito auge cuantitativo que se consigna en la tabla que insertamos seguidamente.

TABLA III.2

**Evolución porcentual de la estructura clasial de la población española (siglos XVI-XX)**

Clase social	Año 1500	Año 1850	Año 1950	Estimación 1975	Estimación 2000
Alta ... ..	1,9	2,0	0,5	1,0	2,0
Media ... ..	16,0	49,0	34,5	41,0	51,0
Popular ... ..	83,0	49,0	65,0	58,0	47,0

Debemos formular esta primera advertencia al breve comentario del contenido de la tabla precedente: la población absoluta de España, la del censo oficial de 1857, se duplicó en el transcurso de poco más de un siglo (en 1857, 15,5 millones de habitantes; en 1960, 30,4). Con esta salvedad, puede afirmarse que es correcta la deducción de que las clases medias han perdido, en términos relativos, en el transcurso de un siglo, una gran densidad, un 14,5 por 100.

Pues bien: nunca, con anterioridad a 1857, las clases medias alcanzaron semejante importancia, en orden alguno, y menos en el cuantitativo; llegando, de este modo, al momento cumbre, al cenit de la mesocracia.

Simultáneamente a este progreso cuantitativo y cualitativo de las clases medias surge, inevitablemente, el recelo, la envidia que siempre aflora en los que no pueden realizarse, en los frustrados, contra aquella clase que tanto promociona y se desarrolla, la que tendría que sufrir los consabidos embates, procedentes, por supuesto, de todas las direcciones, de arriba y de abajo, que hicieron, en la mesocracia, la inevitable huella, perjudicándola en gran medida. Tan es así, que si pensamos detenidamente en ello en seguida nos percataremos de que no existe proporcionalidad entre los extraordinarios apor-

(14) «La clase que está constituida por personas de modesta condición económica dedicadas a profesiones de carácter intelectual: empleados, militares, profesores, etcétera» (ALVARO LÓPEZ NÚÑEZ: *Ensayo de un vocabulario social*).

tes de los mesócratas a la sociedad o comunidad política coetánea y cuanto ésta recibió en aquella época.

Como indica un autor moderno (Marino de Sebastián: *La evolución de las clases medias en Europa*), la *élite*, hasta entonces en el Poder, ignoraba o fingía ignorar a la mesocracia, aunque la realidad es que esta iba adquiriendo cada vez mayor preponderancia en todos los órdenes.

En la faceta económica, a España habrá que conceptualarla, por así decirlo, «clase media», puesto que ocupa un lugar equidistante entre las naciones ricas y los países pobres. A este respecto, se impone una observación: la triste experiencia de que los Estados pobres no aumentan más que en desconsoladora proporción con los ricos la renta *per cápita*; acentuando, de este modo, las diferencias existentes. Algo enteramente análogo ocurría, en el orden interior, entre las clases mesocráticas. por un lado, y las nobles y ricas, por el otro extremo, hasta bien entrado el siglo XIX; no obstante, las clases medias desempeñaban, cada día en mayor medida, importantísimas misiones en la vida nacional.

Al contemplar otro aspecto, el psicológico, nos percataremos de la importante misión llevada felizmente a cabo por los mesócratas, desde el siglo XIX, en torno a las crisis y al desarrollo de las revoluciones, hechos de enorme trascendencia en las estructuras política, económica y social de la vida política en la comunidad. Pero un gran «hándicap» aquejaba a la mesocracia decimonónica, como, en su tiempo, afectó a las de la antigua Grecia o a las de la poderosa Roma: su desunión. defecto que por sí sólo será capaz de toda «débacle» para las clases medias, por lo que su caminar hacia la cumbre resultaba doblemente penoso. Sin embargo, entre las revoluciones, las conmociones y las guerras hay lapsos en los que las comunidades buscan con más ahínco el equilibrio, y la mesocracia, como fenómeno psicológico, a partir del momento en que la clase objetivamente diferenciada, toma algo de conciencia de su unicidad y de su unidad, representa un máximo de interés y de trascendencia, abocando su propia entidad a mejores perspectivas.

En este otro plano de lucha, de noble superación, los antagonismos sociales ponen de relieve las diferencias entre las clases y sirven para intentar un nuevo equilibrio en la sociedad que, mitigando luchas erizadas, conserve aquéllas de justa competición y fomentadoras, por ende, del trabajo, del equilibrio y de la paz social.

No puede resultar extraño, por consiguiente, que en el transcurso de tan noble competición fuera de la mayor trascendencia el papel de los mesócratas. Las grandes concentraciones capitalistas, que tanto deshumanizan, conducirían a las más graves consecuencias si todo se impregnara e informara del virus de los grandes y fáciles capitales, a la postre, como sabemos, consustancialmente corroedores. Por otra parte, también acertaron los mesócratas cuan-

do sostenían que era no menos peligroso el hecho de la proletarización de las clases medias: un estrato clasial acomodado, trabajador, aunque con holgura económica, si se convierte en proletario, sin vínculos de posesiones ni propiedades, desarraigado del propio medio y sano ambiente en el que se desenvolvía, va amalgamando sinsabores y amarguras, siempre funestos semilleros de revoluciones.

Es lógico que, como sucedió en el extranjero, también se iniciara en España, en el siglo XIX, el declive de las clases altas. Recordemos que en el suelo hispano se completan las acciones y se culminan los hechos históricos: determinantes del menor influjo en la vida nacional de las referidas clases altas; dándose, simultáneamente, el auge de la burguesía hispana a modo de compensación del declive de los aristos. Insistamos en que el factor determinante del hecho anterior lo constituyó la política desamortizadora. Cuando el ciclo de las desamortizaciones españolas termina y sobreviene el último tercio del siglo XIX, la mesocracia española puede decirse que es la clase dirigente.

Los reveses que sufren, por su propia culpa, las clases nobles y altas, van cargando en su cuenta grandes fracasos, de cuyas consecuencias resultan beneficiarios directos los mesócratas, y éstos consiguen, gracias asimismo a una acción simultánea de inusitada coherencia, un preponderante ejercicio en sus inteligentes funciones.

De todo ello se deduce que los mesócratas del siglo XIX se hallaban en la iniciación del recorrido de un gran trecho hacia la cumbre en los planos político, social, psicológico y moral. Tal promoción abocaría a la conquista, por dicha clase social, de los más altos peldaños de la Administración pública (militar, civil, de la justicia, etc.), de las entidades de mayor rango (Reales Academias, Ateneos, Universidades, etc.) y, dada su mayor cultura, educación y refinamiento, en gustos y modales, el mesócrata va teniendo acceso, por ende, a los salones y a los mejores lugares de reunión, en los que, quizá lamentablemente, se daban los mayores centros neurálgicos de la vida socio-política de la España, sobre todo, decimonónica.

De contra, no hay que olvidar que las desvinculaciones y las desamortizaciones civiles, por un lado, debilitaron la potencia financiera de los nobles; en análoga forma operó, como sabemos, la desamortización eclesiástica en relación con los religiosos (15).

---

(15) «No habría que olvidar el reconocimiento que tuvo COSTA de la acción positiva de integración social llevada a cabo por el sacerdote y la importancia que atribuía a sus esfuerzos, combinados con los del maestro, para la mejora y dignificación de la vida».

Así pues, junto a la especialmente desfavorable significación de las desamortizaciones para el robustecimiento de la alta burguesía hispana del XIX, se produce el debilitamiento de los aristos. Y este robustecimiento de la mesocracia es una sinfonía inacabada, a la que la alta técnica y, sobre todo, la gran escalada de la investigación, hacen suponer que al finalizar el siglo XX una mayoría de los españoles militen en la mesocracia.

## IV

## PROMOCIÓN SOCIOPOLÍTICA DE LAS CLASES MEDIAS

Hagamos ahora algo de hincapié en el aspecto sociopolítico de la mesocracia, que, por supuesto, tuvo una enorme progresión. Cuando se da el positivo auge de la mesocracia, en el segundo tercio del siglo XIX, en ocasión que el liberalismo imperante, a expensas de la propiedad fundacional y colectiva, hizo nuevos cientos de miles de propietarios españoles, que engrosaron y promocionaron a las clases medias, hay que reconocer que, en aquel preciso momento de mediados del XIX, la sociología apenas era un balbuceo. Comte (16), con su positivismo, ejerció una tremenda influencia sociológica

---

rural (JOAQUÍN COSTA MARTÍNEZ: *El maestro, el cura y el Estado*, y también en *Influencia del clero en el progreso de la nacionalidad*).

Todo esto es lo que da un sentido definitivo a la doctrina social de JOAQUÍN COSTA y de rechazo ilumina la auténtica personalidad del pensador y apóstol aragonés. Como dijo de él otro ilustre católico social (SALVADOR MINGUIJÓN Y ADRIÁN: «La obra social de Costa», en el homenaje a Costa de la revista *Aragón*, Zaragoza, febrero 1926), COSTA enseñaba a los defensores de un conservatismo cerrado que las reformas agrarias no eran proyectos ilusorios de imaginaciones febriles. Y sigue a BALMES en la censura de los efectos de la desamortización (JOAQUÍN COSTA MARTÍNEZ: *La fórmula de la agricultura española*, t. II, págs. 166-169).»

LUIS LEGAZ LACAMBRA: «El pensamiento social de Joaquín Costa», en *Estudios de Historia Social de España*, t. I, pág. 718.

(16) Un actual autor español (LUIS GONZÁLEZ SEARA: *La sociología dialéctica*, página 14), advierte que la problemática y difícil tarea conceptual de la sociología puede situársela valiéndonos de la anécdota del Congreso de Evian, cuando RAYMOND ARON se pregunta si la sociología marxista, tal como la exponían los sociólogos procedentes de la Europa Oriental, y la sociología empírica, tal y como la practicaban los sociólogos norteamericanos, especialmente, tenían algo de común.

Ciertamente que en todos los cultivadores de la sociología existe la voluntad común de estudiar científicamente lo social, en forma que hace dicho estudio característico del tiempo actual. Pero la dificultad estriba en delimitar qué se entiende por «lo social».

Lo social nace allí donde los individuos entran en acción recíproca, dando lugar a una serie de formas de socialización (LEOPOLD VON WIESE y JORGE SIMMEL).

Este es, para SEARA, el objeto de la sociología, consecuencia directa de dos de sus

en el pensamiento de la época. Recalquemos, por ser de justicia, la realidad de la existencia de fulgurantes individualidades españolas, destacados representantes o coadyuvantes de la doctrina sociológica, que, aun sin llegar a formar escuela, constituyeron brillante grupo, pléyade de sociólogos significativos a los que habrá que considerar, seriamente, posibilitando, en buena parte, el origen de la sociología.

Un moderno sociólogo germano (Karl-Martin Bolte: *La sociedad en transformación*), precisando esta concepción de sociología, estima que su objeto no es el hombre individual, ni la humanidad en su totalidad o el hombre como ser vivo de especie determinada, ni la relación del hombre con el más allá o con los animales o las cosas, sino que el objeto de la sociología es, en lo que todos estamos de acuerdo, el estudio y la investigación de lo social, de las interrelaciones entre los hombres (17).

Pero volviendo a lo que directamente atañe a la mesocracia, parece claro que la subsistencia del equilibrio, el normal desenvolvimiento de un sano y fuerte *Mittel-stand*, es un inseparable binomio. En su consecuencia, no es extraño que referente al *Mittel-stand politik* provengan, de todos los campos, arrebatos de campaña al *rassemblement* (Manuel Fraga Iribarne, Enrique Prat de la Riba, Escuela Austroalemana, etc.), como hemos indicado.

Habrà que ponderarlo en función del siguiente condicionante: piénsese en una sociedad en la que los miembros están orientados y armonizados; en la que su formación esté dirigida y la «movilidad» sea posible. Las clases medias son la reserva de la sociedad en experiencia, comprensión, técnica, prestigio, independencia, etc. Sin la mesocracia no hay posibilidad de ascenso social. Sin la burguesía, las clases altas dirigentes se habrían perpetuado

---

fundadores: AUGUSTO COMTE, preocupado por una adecuada reestructuración del orden social, que había quebrado la revolución; y CARLOS MARX, empeñado en un movimiento de acción proletaria que pusiera fin a la explotación capitalista. De esta dos preocupaciones van a surgir dos enfoques de la sociología que se prolongan hasta hoy y que tienen su máxima expresión en la sociología marxista de la U. R. S. S., por un lado, y en la sociología empírica de Estados Unidos, por otro.

(17) Estas interrelaciones de los hombres, y no otras, son las que representan, fundamentalmente, el aspecto de acontecer universal en que se centra el interés de la Sociología (LEOPOLD VON WIESE). También formula el referido BOLTE una observación relativa al pensamiento de MAX WEBER: las familias, las Empresas, las entidades y los grupos y sociedades constituyen los ejemplos típicos que el sociólogo presentará como la «trama», «sistema social» o «estructura social» objeto central de la investigación sociológica. En definitiva, para BOLTE, la sociología es la ciencia de las estructuras sociales y subraya la importancia de la sociología como ciencia que estudia el aspecto social de la existencia humana, tan importante como el biológico o el histórico, creando la base para poder influir, «intencionadamente», a la convivencia humana.

en el poder. Hay que regenerar y restaurar, si lo precisaren, a las clases medias que son las organizadoras, equilibradoras y promotoras de la vida política y, como ha dicho un escritor actual, porque la clase media es una de las creaciones más progresivas, espiritual y materialmente, que ha dado a luz el suelo ibérico. La clase media, con sus aspiraciones, su habitual espíritu de ponderación, moderado e intermedio entre las clases altas y bajas, debe erigirse, y así lo hizo en la época objeto de nuestro estudio, en una auténtica institución subsidiaria, en el correcto sentido dado a este término por la moderna doctrina pontificia: Pío XI, Pío XII y Pablo VI.

Para ir concretando y sintetizando conceptos, indiquemos que la mesocracia representó y seguirá progresivamente ostentando un importantísimo papel, cual es el de conseguir que las clases sociales, en derredor del núcleo formado por las clases medias, acercándose sus extremos clasiales, lleguen a cierta aproximación, que a veces el fenómeno tienda a semejarse, pero sólo en relativa dimensión, a la desclasificación social. Al propio tiempo, la mesocracia española canaliza y armoniza, ejerciendo una brillante función osmótico-social, totalmente ajena a la masificación y a la socialización, en la doble vertiente anteriormente indicada. Asimismo la burguesía consigue una efectiva aproximación a las clases nobles y ricas, a la clase alta; hecho que se juzga de positiva importancia y muy ventajoso para la auténtica estabilidad promocionadora del elemento clasial mesocrático.

El mayor mérito, quizá la gloria o aureola mesocrática, venga a determinarse por el loable hecho de que se permitiera realizar grandes esfuerzos para facilitar la real promoción de los económicamente débiles al claro acceso mesocrático, sin que, por ello, las clases medias, en su integridad clasial: sub-clases alta, media y baja de tal mesocracia, sufriera, por aquella accesión de los económicamente débiles a su propia clase media, grandes metamorfosis, ni que dicha movilidad llegase a mermar la potencialidad mesocrática.

Las clases medias puede decirse que en un momento determinado lograron lo que Enrique Gómez de Arboleya denominó, creemos que con gran acierto, identificación con la humanidad misma: sensibilidad, intimidad, razón, libertad.

He aquí, como indica Balmes (18), un palmarés sociológico único para la España de su tiempo, y del que habrá que considerar copartícipes a los brillantes sociólogos y a la historia del pensamiento social coetáneos, como expresa el toque de atención de un moderno autor (19), cuando afirma que el

---

(18) BALMES, o. c., XI, pág. 79.

(19) EUGENIO MONTES: «Si agoniza la clase media, se muere Europa», en *RIS*, número I-III, 1947, págs. 72 y sig.



siglo XIX es aquél en el que la clase media se constituye, como el XX es éste en que se destituye, se desnubre, se anemia. ¿Sabéis por qué? Porque mientras el proletariado chilla, alborota, amenaza exigiendo el poder, y los aristos, convertidos en plutócratas, pueden, la clase media aguanta con dignidad. O sea, que la clase media perece porque, entre las clases cínicas (la desgarrada y la insolente), conserva la hermosura del pudor.

## V

## CONCLUSION

Una breve recapitulación de este trabajo nos llevará, en apretada síntesis, a la obtención de las siguientes conclusiones:

Las clases medias, con anterioridad al siglo XIX, apenas tuvieron en España significación alguna para el conjunto de la política y de la vida nacional.

La mesocracia del siglo XIX alcanzó inusitado relieve, una importancia hasta entonces desconocida, en lo cualitativo e incluso en lo cuantitativo, puesto que casi la mitad de la población hispana militaba en las filas de las activas clases medias.

Para el año 2000 se calcula que más del 50 por 100 de los habitantes, o sea, en cifras absolutas unos cuatro millones de españoles más de la totalidad de los existentes al comenzar la presente centuria, engrosarán las densas filas mesocráticas.

Se augura a las clases medias un, cada día, más brillante papel en la vida sociopolítica de España: en el último tercio de siglo, muchos de los dirigentes del país, ministros, subsecretarios, etc., militan en la mesocracia y no parece aventurado afirmar que este fenómeno se acentuará en los lustros que restan del siglo en curso.

Superado, en buena parte, el gran «hándicap» del individualismo y la desunión que aquejaba a la mesocracia; lanzada ésta al plano de la lucha noble, por espíritu de superación; todo ello hace suponer que las clases medias cumplan con su destino, desarrollando, en pro de una sociedad mejor y más justa, una auténtica función sociopolítica en la que el denodado trabajo, el equilibrio y la paz social sean determinantes y consecuencias de su actuación pública y privada.

La mesocracia, con sus asociaciones, su habitual espíritu de ponderación, moderado e intermedio entre las posiciones extremas clasiales, debe erigirse

en la auténtica institución subsidiaria y benéfica, a través, tal vez de la fórmula denominada, por antonomasia, «clase social» (20).

Fenómeno este, al que acabamos de aludir, que tanto puede asemejarse a una «desclasificación social», al menos en cuanto a resultados en la suavización de las luchas clasiales, y a cuyo fin contribuyeron, positivamente, las doctrinas de sociólogos «no comprometidos por intereses materiales o personales» (21).

GERMÁN PRIETO ESCUDERO

### R É S U M É

*L'auteur essaie d'exposer comment les évolutions de densité de population et de densité mésocratique de classe conservent en Espagne une grande corrélation jusqu'à l'époque de Balmés, pendant laquelle s'est produit une augmentation notable de la population —qui s'est fait sentir dans le laps de temps de 350 ans de l'époque pré-balmésienne— parallèlement à une augmentation spectaculaire du pourcentage mésocratique espagnol. En même temps se manifeste le "compromis social" d'hommes "non compromis économiquement", sans rien de matériel à défendre ou à sauvegarder dans la noble et dure tâche de faciliter l'apogée de la fonction sociopolitique des classes moyennes espagnoles, promotion qui les conduiront au zénith vers la moitié du XIX<sup>ème</sup> siècle. Cependant on attend que cette cote soit amplement dépassée à la fin de ce siècle.*

*Dé tous les domaines idéologiques surgit la clameur unanime qui veut que la mésocratie facilite la subsistance de l'équilibre politique, qui devra conduire par réciprocité au développement normal d'une mésocratie forte et pondérée, vigoureuse et intellectuelle, qui se constitue en institution subsidiaire rendit à la fois possible la brillante fonction osmoticosociale d'une "certaine" déclassification sociale, totalement étrangère à la massification et à la sociali-*

---

(20) «En la actualidad habrá que denominar, conjuntamente y por antonomasia, "clase social" a las clases medias y populares, puesto que se va realizando aquella "proletarización" de la burguesía española tan certeramente pronosticada, allá por el año 1844, por BALMES» (GERMÁN PRIETO ESCUDERO: «Estratificación social en la España balmesiana», en *RIS*, núm. mayo-agosto 1970, pág. 30).

(21) Este es el caso de JAIME BALMES: hijo de un modesto industrial y carente de fortuna personal, sin más bagaje que su talento y su corazón, lánzase a la aventura sociopolítica de trascendencia incalculable, pero sin nada personal que defender y poner a salvo.

sation, dans le double versant de rapprochement des deux autres classes extrêmes et autour du noyau formé par la mésocratie en question.

Dans cette binomie, "Mésocratie-Politique", l'auteur considère toute une théorie ou thèse doctrinale relative à la lutte soutenue par les classes moyennes, tant pour leur propre supériorité que pour la construction d'une société meilleure et plus juste, et, par conséquent, pour le total développement de sa fonction sociopolitique, à travers de laquelle un travail hardi, un équilibre politique et la paix sociale soient déterminantes et conséquences de l'action publique et privée d'une mésocratie qui comprend enfin l'importance et l'authenticité d'une telle fonction sociopolitique. Par cette "conscience" de son propre contenu politique et en vertu de ses réalisations, la mésocratie méritera la dénomination, par antonomase, de "classe sociale".

#### S U M M A R Y

The present essay attempts to explain the close relationship that existed in Spain between population growth and the size of the middle classes up to Balme's times. It was at this point that the cumulative effect of the population increase that had taken place over the preceding 350 years made itself decisively felt. This growth was accompanied by a spectacular increase in the proportion of the population represented by the Spanish middle classes. It was at this time too that men "uncommitted economically", with nothing material to defend or safeguard personally, demonstrated a "social commitment" to the noble and difficult task of increasing the socio-economic function of the Spanish middle classes, which as a result reached their zenith about half-way through the 19th century. They are, however, expected to be substantially more strongly represented by the end of this one.

Creeds of every shade agree that middle-class government promotes political balance, which leads, with reciprocal justice, to the normal development of strong, mature, vigorous and intellectual rule by these same classes. The latter become a subsidiary institution that in its turn performs a brilliant role of social osmosis, a "degree" of levelling which has nothing to do with the creation of masses or socialization but brings the highest and lowest poles of the class structure closer to the nucleus formed by the middle classes.

From the double perspective of "The Middle Classes and Politics" the author examines a complete theory or doctrine of the former's struggle both to improve themselves and to achieve a better and juster society, which implies the overall development of their socio-political role, by means of which

*bold enterprise, political balance and social peace become the causes and consequences of the public and private action of a sector conscious of the importances and authenticity of that role. It is this "awareness" of its own political content that, coupled with its achievements, entitles middle-class government to the epithet "social" in the fullest sense of the word.*